

Noticia de Luis Bello (1872 - 1935) y de su libro «Viaje por las escuelas de España»

1. *Biografía de Luis Bello*

Bello es, al igual que Ciro Bayo, Manuel Ciges Aparicio, José María Salaverría o Manuel Bueno, un miembro «menor» o «raro» de la llamada Generación del 98 cuya obra resulta escasamente conocida y, por lo mismo, no debidamente valorada; escritores todos ellos (y algún otro, como: Joaquín Dicenta, Ricardo Baroja o Francisco Gradmontagne), olvidados a menudo en las nóminas generacionales tópicas. Y, sin embargo, compartieron a su modo los postulados teóricos de la generación y llevaron a cabo la actividad viajera tan distintiva de aquélla.

Luis Bello Trompeta nació en Alba de Tormes (Salamanca) el día 6 de diciembre de 1872¹. Hizo estudios primarios durante algún tiempo en una escuela de Luarca (Asturias) —recuerda solamente «una habitación oscura que olía a vacas y a paja húmeda, y en la puerta, una doble fila de zuecos que dejábamos al entrar»—²; después, en un colegio madrileño

(1) Al cumplirse en 1972 los cien años de su nacimiento fueron muy escasos e irrelevantes los recordatorios a Luis Bello. Tengo noticia de sólo dos breves artículos periodísticos: *Un centenario literario madrileño: el de Luis Bello*, por Juan Sampedro (ABC, Madrid, n.º del 15-II-1972) y *Un centenario olvidado: Luis Bello*, por José Esteban («Triunfo», Madrid, n.º 515: 12-VIII-1972, pp. 43-44).

(2) P. 19 del tomo I de *Viaje por las escuelas de España*. (Madrid, 1926).

—«aulas enormes, largos corredores, con ladrillos rotos que suenan al pisar. Una fuente de latón clavada en la pared, con agua que sabe a hojalata y a barniz. ¡Y los pies siempre fríos!»³; enseguida, otra escuela en un lugar «a seis leguas» de la villa y corte, a cargo de un maestro que empleaba la palmeta. Cabe preguntarse si no serían los tristes recuerdos escolares propios el motivo para que Luis Bello se interesara, años más tarde, por la situación y la suerte de las escuelas, los niños y los maestros del momento español.

Bello se licenció en Leyes por la Universidad Central de Madrid y comenzó a ejercer como pasante en el bufete del político liberal José Canalejas, pero pronto derivó hacia el periodismo y la política activa. Trabaja durante el año 1898 en «Heraldo de Madrid»; fue corresponsal en París (1904) del diario madrileño «España»; fundó en 1903 la revista «Crítica» y en 1916, «Revista de Libros»; dirigió desde 1906 y por algún tiempo «Los Lunes de EL IMPARCIAL» y en 1932-33, el periódico republicano «Luz». Manuel Azaña explica en su *Diario* (con fecha 4-III-1933) el motivo del cese de Bello como director de «Luz»: «Bello ha dimitido la dirección de «Luz», porque se niega a hacer campaña contra los socialistas, como quiere Miquel (que es su propietario). Por su parte, Miquel se queja de que Bello ha convertido el periódico en un órgano exclusivamente político, y su circulación disminuye». Colaboró, vgr., en: «El Imparcial», «El Sol», los semanarios «España» y «La Esfera», la revista mensual «La Lectura». Publicó narraciones en «El Cuento Semanal», como la titulada *El corazón de Jesús* (n.º 45: 8-XI-1907); cuenta Sáinz de Robles que Eduardo Zamacois, fundador y director de la publicación, «luego de aceptársela y elogiársela, le rogó le cambiara aquel título *tan comprometido en tierra tan clerical* como España. A lo que se negó Bello, apostillando que precisamente en el título-estaba el *busilis* de la novela».

Buena parte de sus artículos fue recogida posteriormente en volumen. Aparte de *Viaje por las escuelas de España* (asunto del segundo apartado de nuestro trabajo), sacó Bello el

(3) Pp. 19-20 *idem.*, *idem.*

libro titulado *El tributo a París* (1907), que «encierra —según declara en el prólogo— las impresiones de un español en Francia» y forma parte de una «Biblioteca Nueva de Escritores Españoles», a cargo del editor M. Pérez Villavieja. *España durante la guerra*, que salió en 1918; (Pello mantuvo una postura favorable al bando aliado en la guerra de 1914; en 1917, formando parte de una comisión —Unamuno, Manuel Azaña, Américo Castro, Santiago Rusiñol— invitada por el gobierno italiano, visitó los frentes de batalla). *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* (1919), libro de amor por la supervivencia de Madrid, donde Bello vuelve sobre el problema ya denunciado en otras ocasiones de la irresponsabilidad de la corte y el abandono en que se tiene a su periferia: la Sierra, por el norte y la Sagra, por el sur, que fueron y son su carne nutricia. En más de una ocasión anunció como próximos a aparecer otros títulos que nunca llegaron a ver la luz⁴.

Ideológicamente Luis Bello fue un liberal de signo republicano, dentro del noble espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y muy cercano a Ortega y Gasset, en alguna de cuyas empresas periodísticas y políticas participó, siendo por ejemplo uno de los firmantes en 1914 del manifiesto o programa de la muy prometedor Liga de Educación Política. Diputado a Cortes en las legislaturas de 1916-17, 1931-33 y 1933-35. En octubre de 1934 fue detenido en Barcelona, acusado de complicidad en la rebelión de la Generalitat contra el gobierno de Alejandro Lerroux.

Murió Luis Bello el día 6 de noviembre de 1935 en Madrid. Sáinz de Robles, que fue su amigo⁵, le recuerda así, cansado ya, como abatido por el peso del tiempo: «Caminaba como si fuera a caerse de un momento a otro en tres o cuatro dobles. Su cuerpo era pura abstinencia cuaresmal. Su pelo

(4) En una contracubierta de *El corazón de Jesús* anuncia «en prensa»: *Farandul en París y Farandul en su patria*. En *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* da como «en prensa»: *En el país de la calderilla, Viaje a Italia y otros viajes, Vidas de niños y mujeres y pobres de espíritu*; «en preparación»: *Los pobladores del mundo íntimo y Nuevo elogio de la locura*.

(5) FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES. *Raros y olvidados*. (*La promoción de «El Cuento Semanal»*), p. 53. (Madrid, 1971).

laso y largo, con reborde sobre la nuca, entreverado de rubio deslucido y de gris ceniza, le derramaba mechones sobre la frente y las orejas».

*II. «Viaje por las escuelas de España», tomo I: El cerco de Madrid. Castilla y León. Asturias*⁶.

No cabe duda que el sentimiento más que el análisis intervinieron en esta dura empresa de los viajes por las escuelas de España.

El primer tomo está dedicado: «A la memoria de mi malogrado hermano Francisco Bello, que fue maestro de Llummayor y profesor de la Escuela Normal de Palma». Los demás, sin dedicatoria explícita.

Bello sale al camino con un bagaje de conocimientos poco frecuente, un enorme talento crítico, una serenidad y una carga notable de fe y esperanza en el amor y el humor.

Aunque pudiera parecer que el tema reiterativo de la escuela en cinco de sus seis libros viajeros produjera limitaciones, monotonía o cierto masoquismo temático, no es así. Leyendo a Bello se da uno cuenta de que la perspectiva visual de una tierra y un pueblo, desde la linde de su escuela primaria hasta el hombre adulto es infinita.

Por la geografía de España hay enormes nombres demasiado sonoros para muy poca cosa, como el de Torralba del Moral (Soria), pongo por ejemplo, de cuya escuela dice Bello con amoroso humor: «tiene una bandera española en una esquina. Si se desenrollara toda la escuela se inundaría con sus colores».

Es indudable que Bello tuvo «a priori» en su plan viajero la intención de comenzar por las regiones de menor índice de alfabetización y mayor abandono. Coincide así con la

(6) Madrid, 1926. En las páginas que siguen y salvo algunas apreciaciones de carácter general, válidas para el conjunto de los cinco tomos que integran este libro de Luis Bello, atiendo exclusivamente al primero de ellos, en el que se recogen sus impresiones acerca de la Asturias de aquel entonces.

electividad itinerante del 98 que acusa el mayor interés por la España mesetaria y perdida y no por la periferia. Es así que aun eligiendo Asturias en su primer viaje pienso, verosímilmente, que se deba a estos tres motivos: 1.º), aprovechar la oportunidad que se le brindaba una vez en la montaña leonesa; 2.º), por impulso sentimental :Luarca; y 3.º), el deseo de visitar Gijón, cuyos maestros fueron los primeros en manifestarle su entusiasmo por esta empresa.

Partiendo del cerco de Madrid, tan abandonado y perdido para la cultura como el más raso panorama manchego visita amplias zonas de Castilla (Vieja y Nueva), Extremadura, Andalucía y Galicia.

Es precisamente en Andalucía, buscando la cumbre del analfabetismo (Santiago de la Espada, Jaén), donde el viaje reincide, dedicando a esta región los tomos II y IV. El viaje por Andalucía es lento y minucioso, visitando los lugares más insignificantes como esas diseminadas y brevísimas poblaciones de los cortijos del campo de Jerez y Málaga, donde los «enseñaores» o «perrilleros»⁷ hacen de viña en viña la única labor cultural. Aunque parezca extraño el abandono de la provincia de Córdoba en este panorama andaluz, creo que sólo es explicable por falta material de tiempo, dejándola, al igual que otras muchas provincias, para un futuro que desgraciadamente no llegó a realizarse, pero nunca por desvío voluntario, ya que con ocasión de su llegada a Andújar dice: «Llegamos a Andújar, ciudad cordobesa más que jienense. Avanzada de Córdoba; lo cual vale tanto como avanzada del encanto más hondo y más grave de Andalucía», (tomo IV, pág. 209).

Esta empresa viajera está generada por cuatro actitudes: 1.ª), la humildad, que le llevó a elegir el tema de la escuela, el maestro, el niño; 2.ª), la ideología generacional: historia y futuro de España, regeneración y denuncia; 3.ª), afi-

(7) «Enseñaores»: maestros espontáneos, equivalentes a los «catapotes» asturianos que encontró Bello en las brañas de Tineo. Son campesinos «que se han quitao de trabajar», para lo que han de pasar muchos trabajos. A veces tienen cierta cultura pero la mayoría de ellos sólo saben leer y escribir. En Málaga los llamaban «perrilleros» porque cobraban una perrilla por chico.

nidad ginerista: templanza, apoliticismo y enseñanza; 4.^a), acción costista: sigue el mismo objetivo concreto de Joaquín Costa, más por una escolarización que por una nueva pedagogía.

En sus cinco libros viajeros, las provincias de Madrid, Salamanca, Zamora, León, Asturias, Cádiz, Málaga, Granada, Toledo, Soria, Cáceres, Badajoz, Huelva, Sevilla, Jaén, Lugo, La Coruña, Pontevedra, la tierra de Portugal y Tánger van descubriéndose tras la escuela, tan insignificante y mísera a veces. Tras ella aparecen las razas, la historia, el arte, la cultura, el agro y la naturaleza bajo un común denominador social y denunciatorio.

El libro y el viaje:

Los artículos que integran este primer tomo son 24 y fueron publicados en «El Sol» durante el año 1922. El éxito de estas crónicas le animó a recogerlas en volumen en el año 1926 «tal como salieron, sin enmienda apenas».

Creía Bello con gran humildad que el éxito del libro se debía a que había creado «un movimiento de opinión» pero que se haría viejo muy pronto, y así lo deseaba. El tema, desgraciadamente, no se ha hecho histórico y aunque se hiciera su inteligente criticismo es permanente y su valor literario no ha perdido ninguna de sus cualidades. Sucede así en éste y en los cuatro tomos que siguen y completan la obra.

Se halla dividido en cuatro partes viajeras correspondientes a otras tantas regiones geográficas visitadas: alrededores de Madrid; la Sierra, Castilla, León y Asturias. Va precedido de un prólogo explicativo de por qué lo hizo. Hacia la mitad del libro y del viaje (páginas 127 a 141) hace un inciso titulado «El prejuicio contra el maestro», en el que lanza una mirada retrospectiva sobre la escuela del siglo XVIII, tan nefasta para la escuela actual y cuyo desprestigio aún sufre el maestro⁸.

(8) Aporta Bello en este ensayo datos interesantísimos obtenidos en el *Fray Gerundio*, del P. Isla; en el P. Feijoo; en el libro de D. Manuel José Narganes de Posada, *Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción en España*; y en las Memorias de D. Federico Rubio.

Finaliza el volumen con un «Anteproyecto para una Sociedad de Amigos de la Escuela», una llamada clamorosa aunque serena al pueblo español de buena voluntad, sobre el panorama escolar que acaba de describir. Hay en ella un eco de la impresión que estos artículos han producido en toda España. Ortega y Gasset le decía: «Temo que sea otro gran gesto inútil. Otro alarido más», a lo que Bello comenta: «De muy lejos y de larga fecha viene ese temor. Ya sé que las raíces llegan al 98». En un último párrafo final esperanzador, da cuenta de cómo ha quedado constituida esta Sociedad de amigos de la escuela, con D. Ramón Menéndez Pidal como Presidente, en el mes de Mayo de 1926.

El volumen logra una unidad armónica. Los artículos se enlazan consecuentemente del principio al fin, sin las rupturas o interferencias temáticas que suelen tener los libros periódicamente engendrados.

Es ésta como todas las del 98 una ruta sentimental y crítica en la que Bello ha encontrado como elementos de juicio maestros de una humanidad gigante, ridiculizados y hambrientos; niños abocados a la cretinez y a la explotación; escuelas vejadas, relegadas y prostituídas, esparcidas por una geografía no siempre rural como veremos por su itinerario, pero tan lejanas y perdidas las que se recuestan sobre los bajos de Madrid como las que están en lo más intrincado e inaccesible de las sierras y montes.

Cerco de Madrid:

El primer itinerario no se desprende de la órbita de Madrid: son pueblos cuya caída es la Corte y a los que llegan las líneas de autobuses o los resplandores nocturnos de las luminarias madrileñas. Madrid ignora estas tierras que la circundan a menos de 17 kms. de la Puerta del Sol y a las que no llega ya ni el agua, ni la luz, ni los periódicos, pero en las que se quedan y se remansan las impurificaciones de la urbe.

Viaje a la Sierra:

El ambiente y el paisaje se purifican. La pobreza se hace

más digna en el campo que en la ciudad, hasta tal punto que el mismo viajero se olvida un poco de la escuela para hablarnos de la belleza inerme y rocosa de esta tierra; de la etnología, de la historia que se cobija en las faldas del Guadarrama, —Torrelaguna, Patones, Buitrago—, y de las cumbres frías, soleadas y vivificantes de El Berrueco y Somosierra.

Por Castilla y León:

Es este tercer itinerario el más urbano de todos. De la sierra se vuelve al llano. Ciudades como Salamanca, León y Zamora se mantienen como puntos de partida, y en la trama viajera aparecen villas como Alba de Tormes, Béjar, Miranda, Sequeros, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Fermoselle, Benavente, Villablino, etc. Hay más pueblo que paisaje. Más arquitectura que árboles, más narrativa histórica que andariega, más tiempo de visita que de camino.

En este itinerario la reflexión y la denuncia alcanzan su climax y se siente todo el problema social de la despoblación y el latifundio ante las secas tierras salmantinas.

La denuncia que descubre todo el ciclo itinerante está hecha de una vez, dolorosa y meditadamente, sin acritud y con cierta esperanza en el paisaje y en las tierras:

«La visión del paisaje sería incompleta si no supiéramos agregar la parte humana, que aquí tiene valor estético también, porque la historia es una suma de pequeñas tragedias personales, cuya síntesis puede ser apreciada a veces con lo que alcanzan nuestros ojos a la sombra de una encina», (Pág. 190).

Viaje por Asturias:

Es el cuarto itinerario de este primer volumen. El paisaje de la montaña astur-leonesa del Puerto de Leitariegos se hace casi solemne. Poco a poco se va humanizando por pueblos y villas. El hombre sustituye al paisaje. Comienza a verse la obra de los indianos. Espectáculo como la Feria de los maes-

tros babianos en Cangas de Tineo. Los Vaqueiros de Alzada. La evocación de mecenas y fundadores de escuelas, terminando por último en la visión reconfortadora de la armoniosa villa de Avilés, «la Atenas de Asturias», y en la esperanza de los grupos de ilustres maestros de Gijón, Oviedo y Langreo.

PAISAJES NATURALES Y SOCIALES:

1.º *Suburbios:*

Alrededores de Madrid. Paisaje de resaca, híbrido entre el cascote y el yermo. Pueblos sin carácter. Rezagados o abandonados. Centralización. Escuelas abandonadas. A veces amplias y bien construidas pero mal mantenidas. Emigración a Madrid que hace que la población se mantenga «in situ».

2.º *La sierra:*

El paisaje, la tierra y el hombre se liberan de la ciudad, han salido de su órbita centrípeta y se incrustan en el monte y en la serranía. Los pueblos están igualmente abandonados a sí mismos. Adquieren un carácter. Las escuelas son arcaicas, diminutas, rústicas. Aislamiento. Conservación de la tradición pura. Arcaísmo. Poco aumento de la población.

3.º *Pueblos de los llanos:*

Despoblación. Latifundios. Llanos de Salamanca, Zamora y León. El horizonte se amplía inmenso y triste. Es la tierra rica y abandonada. Los problemas sociales adquieren las dimensiones del paisaje. Las distancias entre los pueblos se alargan más y más por la despoblación. El ambiente es claro. El paisaje luminoso. La población mísera.

4.º *Los valles: Minas e industria. La costa:*

La región de Asturias. El paisaje es un intrincado de montes y valles sembrados de pueblos. Ríos y bosques. Villas,

aldeas y caseríos en continuidad. Las distancias entre ellos se acortan. La casa surge por doquier, en los lugares más inverosímiles como el agua y el árbol. Las minas y la industria superpueblan los lugares de enclave. Aparece el tipo social del indiano y del benefactor particular. El ambiente es oscuro. La población alegre. La escuela pobre y el maestro ilustre.

Estos cuatro paisajes no corresponden sucesivamente a las cuatro rutas o itinerarios marcados en el libro, sino que a veces encabalgan o se interfieren y así el paisaje de los suburbios que se despliega por todo el cerco de Madrid, 1.^a ruta, encabalga con el viaje a la Sierra de la 2.^a ruta. Y el paisaje serrano avanza y sube por Sierra de Candelario, Béjar y Miranda del Castañar que pertenecen a la 3.^a ruta y sigue encabalgándose por Leitariegos, Brañas arriba de la 4.^a ruta.

La 1.^a ruta va a través de un paisaje de suburbio con estribaciones de Sierra —El Pardo—.

La segunda ofrece un principio de suburbio —Fuenca-rral— que se purifica en la Sierra.

La 3.^a avanza por el llano de Medina y Salamanca sube a la Sierra por Candelario y Béjar, vuelve a los pueblos del llano salmantino y leonés para comenzar la subida a la montaña de León y Asturias por Villablino y Leitariegos. Por Cargas de Tineo baja al mar, vuelve hacia adentro por los valles de Salas, Cornellana y Grado, se adentra por la cuenca minera y baja de nuevo al mar de Avilés y Gijón y termina en Oviedo.



Medios de locomoción:

En la ruta primera Bello hace desplazamientos cortos. Tres, cinco, catorce, diecisiete topónimos a lo más en el día. A veces breves visitas de veinte minutos. Utiliza el coche, (¿el de un amigo? ¿un taxi?).

En la segunda ruta hace en coche de línea la etapa Ma-

drid-Torrelaguna. De Torrelaguna por la Sierra van a pie a Patones, a El Berrueco, posiblemente a Siete iglesias y Lozoyuela. A Buitrago, en coche de línea de nuevo. A Cascones y La Serna, a pié y posiblemente a Somosierra, fin de ruta.

En la tercera hace la primera etapa a Medina del Campo en tren, en tercera y posiblemente a Salamanca fue también por este medio. Desde Salamanca la ruta de las tres provincias Salamanca, Avila, y Zamora la hace en coche, invitado por el Sr. Villalobos y el Sr. Iscar. A León llega también en coche. De allí hasta Villablino utiliza el coche de línea.

En la cuarta ruta se desplaza en coche de línea de Leitariegos a Luarca. En Luarca para ganar tiempo fleta una moto con sidecar, bajo la lluvia hasta Gijón. El resto del itinerario en tren. Apretado, denso y largo itinerario, copioso de topónimos referido a seis zonas geográficas.

Cronología:

Realiza este viaje en la primavera del año 1922. En su mayor parte durante los meses de Febrero, Marzo y Abril (Págs. 35, 97, 152, 174, 221 y 227), aunque el cerco de Madrid fue hecho en los primeros meses del curso escolar Setiembre-October de 1925 (pág. 26 y pág. 151 del tomo III y IV).

La duración del viaje es aproximadamente cuatro meses del año 1922.

Compañeros de viaje:

Por el cerco de Madrid le acompañó su amigo D. Luis García Bilbao, hombre rico, mecenas, mantenedor de la Revista «España».

Por tierras de Castilla y León le acompañó D. Martín Luis Guzmán, novelista mejicano, autor de *El Aguila y la Serpiente*, que residió y publicó libros en España.

Por Salamanca, Avila y Zamora le acompañaron D. Fili-

berto Villalobos y D. Fernando Iscar, médico y Consejero delegado de la Caja Regional de Previsión Social, el primero y Presidente de la misma, el segundo. Ambos de Salamanca. La Caja de Previsión Social construyó en menos de dos años veintisiete escuelas en las provincias de Salamanca, Avila y Zamora.

El viaje por Asturias lo hizo en compañía del Sr. Onieva, escritor y maestro inspector de la zona. De Villablino a Cangas lo acompañó el médico de Villablino, (Pág. 228).

ANALISIS DEL CONTENIDO

No es sólo la escuela, sino todo su entorno, sin límites, el objetivo de Bello:

«Nos preocupan el pasado y el porvenir del maestro; pero es mucho más trágica y digna de interés la suerte de este niño grande, perezoso y resabiado que es el pueblo», (Pág. 137).

Todos los problemas que le salen al encuentro, y que nunca soslaya, tienen acogida en su preocupación y un lugar en su interés.

En cuanto a la forma de llevar a cabo su tarea no es nunca burocrática sino de campaña: «No me resigno a escribir de una manera notarial sólo para levantar acta».

La escuela:

El panorama trazado en este viaje es, como se preveía, desalentador.

Dolorosa realidad de una escuela relegada, despreciada odiada.

Doy algunas notas escuetas recogidas en el camino:

En un lugar (cualquiera) invierten el presupuesto de material escolar en arreglar la torre de la iglesia.

En Navalcarnero (Madrid) construyeron unas magníficas escuelas y luego las dejaron hundirse. Una Comisión trató

de reconstruirlas. Como el Ayuntamiento «estaba perfectamente seguro de que ese gasto no era necesario» aportó el dinero para dos corridas de toros y varias capeas que juzgó más remunerativas, y de más éxito.

En Fuenlabrada, la escuela fundada por la Organización Socialista se clausuró para que los niños no cantasen «La Internacional».

En Hortaleza (Madrid) había dinero para una sola cosa: arreglar el cementerio o la escuela. Se arregló el cementerio.

En Bustarviejo la escuela está en el Ayuntamiento: «Es pequeña e insuficiente para 125 niños. No caben los que van. Sin embargo el alcalde respetuoso con las autoridades superiores, castiga con multas de una peseta las faltas de asistencia», (pág. 100). Bustarviejo es un pueblo rico, próspero, progresista y trabajador. Buenos prados, montes y robledos. Sus terneras son famosas. Pronto tendrá colonia veraniega.

En Vicálvaro (Madrid) el retrete de la escuela está al final de una escalera de 5 ms., sin barandilla pasamanos y casi sin peldaños. En el retrete naturalmente no hay agua.

En Villaviciosa de Odón (Madrid) la escuela no ha visto nunca el sol.

En Torrelaguna (Madrid) el maestro diariamente, por la noche, quita los bastidores de los cristales de las ventanas para volver a colocarlos a la mañana siguiente.

En Argumoso (Asturias), la escuela, una zahurda oscura y estrecha, «unos mapas colgados del techo servían de cortinaje pedagógico y al otro lado habitaba el maestro con su mujer y sus hijos».

En Carcedo (Luarca) se construyó una escuela por suscripción popular, pero mientras se arreglaba la iglesia y no, se destinó al culto.

En Gijón, en la Casa Nueva, se hundió por ruinosa una escuela. Afortunadamente sin niños dentro.

No voy a alargar el panorama. A Bello no le sorprendieron las escuelas que eran en general diminutas, pobrísimas y ruinosas pero, sobre todo, tristes. La mayor parte se alojaban en los Ayuntamientos, no mucho más aparentes.

En Salamanca durante la visita se producía una repoblación escolar hecha por la Caja de Previsión Social.

Los indianos en Asturias han hecho también una ejemplar labor en este sentido.

Luis Bello adopta una actitud crítica sin acritud alguna para los Ayuntamientos, el pueblo o el Estado. Se limita a exponer los hechos y deja ver, si acaso, una «tácita culpa de todos». Acepta y agradece la colaboración de las escuelas particulares, cuando las hay, y las de la Iglesia.

Al par de la denuncia va urgiendo soluciones y poniendo de relieve el concepto escuela universal con ejemplos prácticos.

En Gascones, un pueblo de la sierra carpetovetónica de Guadarrama, hay un hogar limpio si cabe, ordenado, económico y hasta acomodado, como tantos y tantos hogares españoles que pueden ser hogar-escuela, pero que no lo son porque están empobrecidos espiritualmente. Leamos la opinión de Bello:

«Limpieza, economía, sobriedad, éstas son las enseñanzas que cultiva un ama de casa y que resplandecen desde el zaguán hasta el granero, desde las cantareras a los peroles. En estas células de vida sencilla pero íntegra, hay de todo; solo desaparece poco a poco lo que antes fue preciso: el bargueño, la mesa de hierros y chambrana, el velón, el brasero de copa... Estéticamente se han empobrecido estas moradas de labriegos acomodados (...) No se ve un libro en toda la casa. La madre limpia, cose, zurce, cocina, amasa el pan... Todo esto es lo que enseña a sus hijas y lo que éstas aprenden mejor cuando se les va borrando la lección de la maestra. Alguna vez chocan las dos enseñanzas. El exceso de economía es el mayor enemigo de las primeras letras», (Pág. 122).

Compara esta casa con la de la maestra de La Serna del Monte, muy cerca, una de las escuelas más miserables de la Sierra:

«Arriba en tres habitaciones, limpiísimas y bien enlucidas, vive con sus dos hijas una maestra muy discreta, muy educada. Manos femeninas dulcifican y atenúan tanta pobreza y hasta llegan a transmitirle cierta graciosa sencillez (...) En la salita veo un piano ¡un piano en la escuela de la Serna del Monte!», (Pág. 122).

Dos ideales y dos culturas se asoman por encima de las montañas.

Madrid. La degradación del campo por la ciudad:

La sufren todos los alrededores. Carabanchel con ensañamiento especial, Leganés, Fuenlabrada, Hortaleza y Móstoles. Lo sufre Fuencarral con además «el olor a churros y a gallineja». Lo sufre Vicálvaro. El camino de Villavieja de Odón. Se libra El Pardo por obra y gracia del poder jerárquico:

«Al salir de Madrid por cualquiera de esas temibles cintas polvorientas tendidas hacia el Sur, lo que nos ofende no lo puso el campo —aunque para insultarle le llamemos estepa— sino el mismo Madrid. Madrid convierte las tierras circundantes en escombrera, en estercólero. Ellas solas, pardas hoy, verdes en primavera, doradas luego por las mieses de Agosto saben presentarse con dignidad (...) Apenas traspuestos los primeros kilómetros sólo con llegar a Getafe, limpios los terrenos de cascote, papeles y hojalata, el campo adquiere una expresión sobria que tiene cierto encanto», (Pág. 28).

La despoblación:

España se está despoblando en zonas ricas por causas muy diversas.

En Móstoles, por ejemplo, pueblo cercano a Madrid, por

la centralización y porque no han aumentado las necesidades espirituales. Madrid es un mal ejemplo. Hay pueblos abandonados y desmoronándose a 10 y 20 kms.

En Torrelaguna, histórica y melancólica, el pueblo se deshace por un mal atávico y general, la mala distribución de la propiedad:

«Montes, dehesas, viñedos, alamedas, olivares, existían desde hace siglos alrededor de la villa que protegió Cisneros. ¿Cómo no han bastado para sostenerla? (...) De entonces acá, el campo y los montes siguen produciendo, cada día más; pero cada día para menor número de familias (...) Las rentas van fuera», (pág. 105).

Buitrago, otra villa histórica deshaciéndose en el tiempo. ¿Causas? La burocracia, la apatía, la ignorancia e indiferencia nacional a todo lo que significase sensibilidad artística o esfuerzo común. Si aún vive Buitrago es por la judería y la iniciativa individual. Y al lado de Buitrago, la Mota de Medina y Alba de Tormes, a cuyo castillo sólo le queda un mura llón. Los Duques de Alba, como grandes señores «pudieron permitirse el lujo de dejarlo derruir sin afecto y sin ternura», (pág. 163).

El latifundio:

El más aterrador problema y causa de despoblación que afecta a todo el llano salmantino, adueñándose de esas «soberbias y silenciosas tierras de señorío». Pueblos desaparecidos totalmente como La Fresneda —con existencia geográfica aún—, al lado de Sepulcro-Hilario. La denuncia es implacable: «En Salamanca, cuarenta propietarios tienen más riqueza imponible que los otros quinientos mil habitantes».

Expulsiones en masa de colonos como en Campo Cerrado. Desahucios y quemas de casas para que no puedan volver. Abuso del poder. Engaños.

Provincia de Salamanca: «¡Grandes, vastos y solitarios campos de Salamanca! (...) Quien no vea la tragedia en la

extensión de vuestras magníficas soledades, habrá pasado ante vosotros como un turista. La tierra, tan rica, es de unos cuantos privilegiados que no habitan en ella. Para los hijos fieles que no quisieron emigrar, trabajo y estrechez», (págs. 163-164).

Sepulcro-Hilario, Abusejo, Aldehuela de la Bóveda, Roblija de Cojos, Tejares: «Son pueblos típicos de la llanura salmantina: paisaje de líneas amplias, encinas espaciadas, de gran copa redonda y pomposa, surcos sin fin, prados vastísimos (...). La distancia de pueblo a pueblo, —¡caso interesante!—, es cada día mayor», (pág. 184).

Los pueblos van desapareciendo absorbidos por los latifundios. «Queda un solar, un despoblado con existencia geográfica», pronto una tumba desconocida. Llenando el vacío, el soberbio silencio de la tierra. El cielo impasible. Los que de estos pueblos logran sobrevivir son edificantes y tesoros. Triplicaron su población en medio siglo. Aceptan con júbilo la idea de edificar escuelas y una vez que el vivir les está permitido, las intenciones del espíritu: arte, instrucción, se desarrollarán espontáneas.

En Béjar un problema importante de emigración y por tanto de despoblación en ciudad que fue floreciente en el XIX. Emigraciones en masa si las fábricas no vuelven a trabajar. El mismo problema de Torrijos e Infantes que denunciará Azorín. La falta de actualización, de puesta al día de medios y procedimientos. El aferro a una tradición carcomida y nefasta.

El judaico sustrato etnológico fue la salvación de las ruinas históricas de nuestros pueblos: «El Guijuelo es hoy a Alba lo que Buitrago a Torrelaguna; lo que Benavente a Zamora». Estos centros comerciales han podido salvar si no la historia al menos la población.

La incomunicación:

Este problema ha salvado por una parte una tradición

pura, un arcaísmo candoroso de indudable valor espiritual. Por otra parte ha producido una degeneración física de la raza y un «status» de la población. Es el caso de Candelario —entre otros muchos pueblos serranos—, que vive en el pasado «al que no ha llegado ningún género de descomposición externa». Los matrimonios entre consanguíneos dan una raza de aspecto aristocrático asombroso en medio de la rusticidad.

En Miranda del Castañar, más comunicada, las muchachas visten el traje charro del país, pero sus mejillas son más sanas.

La ignorancia y falta de sensibilidad artística:

Nuestros tesoros han quedado ocultos al goce de la contemplación en las iglesias de los pueblos, villas y aun ciudades de España, protegidos también en cierto modo de la intemperie y del abandono gracias al celo de algunos párrocos.

En Miranda del Castañar, Bello cuenta cómo en La Ermita de la Virgen de la Cuesta el retablo primitivo está cubierto y guarnecido de oleografías modernas.

Este fenómeno de insensibilidad se da igualmente entre las jerarquías civil y militar, y así un barracón para la Guardia Civil se construyó contra la magnífica Torre de la Plaza del Torneo del sufrido Miranda del Castañar.

Tipología:

Los tipos que describe Bello no son individuales como vimos en *Ciro Bayo*, por ejemplo, sino etnográficos. Hay alguna excepción casual, no buscada, como los tres que se producen en el capítulo «El porquerillo que se malogró», donde se apuntan tres estupendas psicologías: el maestro, el padre del porquerillo y el porquerillo, (pág. 77); o en el maestro D. Antonio Huerta, (pág. 63) o el santo de Peñarandilla, (pág. 163). En general, el nombre propio está casi exento del libro.

Los patones: Tipos entre históricos y legendarios que habitan el reino de los Patones. Fueron cristianos refugiados en la Sierra, entre Torrelaguna y el Jarama durante la invasión mora. Vivieron y viven independientes, conservando ciertas prerrogativas. Son pastores. Su fisonomía conserva rasgos singulares: «gran plano frontal y ojos fríos».

Serrano: de la gran parte sur de Salamanca limítrofe con Extremadura, sintiéndose ya Las Hurdes: Candelario, Puerto Béjar, Cantagallo, El Cerro, etc. Raza degenerada por consanguinidad. Asombro de encontrar este tipo pálido, de tez fina, aristocrático, sobre todo entre la juventud e infancia.

Tipos de asturianos: El aldeano, socarrón y cauto. El indiano, esparcido por toda la provincia, listo, analfabeto, generoso y sentimental. Los vaqueiros de Alzada: «En las brañas de Luarca, en los montes y hasta la costa de Cudillero, han vivido muchos siglos como raza aparte los *vaqueiros*, perseguidos por una tradición histórica inexplicable —o por lo menos mal explicada hasta ahora (...)—. En la iglesia de Santiago de Novellana los pescadores de Cudillero saben cuál era el sitio reservado a los vaqueiros y la raya de donde no debían pasar», (pág. 269).

Serrano de la parte «habitable» del Guadarrama: «No hay hambre, no hay pobreza en la parte habitable del Guadarrama. Otra cosa será por ejemplo Atazar o La Puebla de la Mujer Muerta. Alguna vez asoma entre los bancos un tipo que apenas se concibe sin chaquetón de pana, montuno, con esos ojos pequeños, huidizos que tienen movilidad de animalía del bosque. Porque la mayor parte son chicotes recios, normales. Entre ellos no suele haber extremada pobreza. Los muchachos irán a trabajar pero no a pedir. En conjunto retoños de raza seria y digna», (pág. 98).

PAISAJE

No son frecuentes en estos viajes destinados a otro fin las contemplaciones paisajísticas. El paisaje tiene muchas ve-

ces un fin digamos «utilitario». Los ve todos muy cerca de la escuela. Los ve campos de recreo, enseñanza, juegos o experimentación para los niños.

No obstante es curiosa la frecuente suerencia del paisaje como un escenario de tragedia, donde los montes, árboles, rocas y ríos son los personajes trágicos de la representación. Hay cierta afinidad con el paisaje pasional unamuniano: «Nosotros tenemos cordilleras, serranías y con ellas pudiera bastarnos si las quisiéramos mirar. Son escenario, personajes de tragedia y tragedia en sí mismas»⁹.

Y más adelante, camino de Alora dice:

«Quien conozca la línea Córdoba-Málaga, por Bobadilla, sabe que hay un momento teatral. Tan largo es y tan intensa su emoción dramática que yo veo en él materia para un acto, y si alguien se atreviera a poner música a esta ópera de gran espectáculo, no necesitaría sino dejarse llevar del argumento que brinda el Guadalhorce, rasgando el macizo de la Sierra del Agua. La exposición lenta y sombría, a partir de la monstruosa loma en que se esconde el castillo de Teba. El nudo, ya en la Sierra de Abdalagis, a través de las rocas que fue labrando, el Chorro, con desgarramiento de despeñaderos y saltos ciegos sobre el abismo. El desenlace feliz, no de tragedia sino de cuento árabe al entrar en el valle de Alora. Tan brusco es el final del acto que nos conmociona y nos refresca como esa inmersión instantánea en el estanque de una montaña rusa»¹⁰.

Viniendo de Alba de Tormes. Encinares. Tierras rojas. Tierras blandas. Arenizas. Ricas, Siete Iglesias y La Maya entre el Tormes y el tren. Siete Iglesias de Salamanca.

En plena Sierra, cerca de El Berrueco, Siete Iglesias de Madrid. Todo un pueblo fundado sobre roca berroqueña «en el que la iglesia ajusta sus cimientos a las grietas de una enorme corona de granito. que el agua, la nieve y el viento han ido alisando y puliendo como el cráneo de un gigante».

(9) Pág. 94 del tomo II de *Viaje...* (Madrid, 1927).

(10) Pág. 123 *idem. Idem.*

Ante el Camposanto de Hortaleza, Luis Bello y el paisaje. Varias circunstancias estéticas concurren a la valoración emocional del lugar: Un mar de tierra parda. Unas tapias bajas, y «en la proa de ese islote flotante, la capilla, con su cuerpo superior formando arco abierto, como un gran bostezo, como una mirada negra» y un olmo solo y seco con sus muñones blancos, «blanco de hueso y no de árbol». A la hora de un crepúsculo invernal.

La emoción es íntima y solemne. Hay una gran unción y respeto hacia una materia transformable y misteriosa: la tierra parda, el árbol seco y anhiesto, la luz agonizante, el vastísimo y plano silencio, el arco abierto de la capilla. No es un corral de muertos como en Unamuno el cementerio castellano, sino una catedral de lineales finos y sensitivos.

El corral:

El corral en los pueblos de Castilla es —dice— desgracia inevitable. Pieza de ausencia inconcebible donde haya un hombre, cuatro paredes y un «hábitat». Es una pieza clave y compleja de amplísimas variantes de situación, estructura y uso. Desde ser a la vez «la secreta» (retrete), hasta patio público donde se celebran espectáculos teatrales o afines. Hay entre estos extremos toda una gama de corrales: estercoleros, establos, gallineros, patios descubiertos, etc., etc. A veces mixtos, participan de dos o más de sus características. En él se recogen los más variados seres y enseres: gallinas, conejos, cerdos, caballerías. Provisiones de leña, de estiércol, trebejos de labor (ruedas, carros, arados), en uso o deshecho. Riestras de ajos, pimientos picantes, latas habilitadas para macetas y hasta la sorpresa de un rosal cada primavera.

Refiriéndose a El Berrueco en los llanos de Somosierra:

«El Berrueco se extiende no ya como una ciudad-jardín, sino como una ciudad-corral», (pág. 113).

ARQUITECTURA.

Bello es susceptible a cualquier manifestación artística. Hiere su sensibilidad tanta ruina, tanta maravilla pulverizándose o desapareciendo tras la codicia.

Veamos aquí su apreciación de Miranda del Castañar, reliquia artística medieval:

«En Miranda del Castañar se entra por la plaza del Torneo, Las casas, todas de piedra noble y negra, ostentan escudos. Corre la historia por sus calles como los arroyos de la sierra», (pág. 176).

Hay una alhóndiga donde campean las armas de Carlos V. Una muralla construída para la eternidad por «lobeznos romanos». Una torre del homenaje «soberbiamente en pie». Una iglesia gótica de Santiago, «cuyo atrio sostenido por cuatro airosas columnas, me trae, quizá arbitrariamente, reminiscencias romanas de Emérita Augusta. Hay allí una piedad, magnífica talla en madera; había una gran lámpara de plata anterior a los Zúñigas y Avellanedas, que resistió la francesada, pero que ya no está. Enterramientos que subsisten y cuadros que desaparecieron. Todo el templo, incluso las columnas de piedra está encalado», (págs. 179-180).

Sobre la casa rural leonesa:

Cita notas sacadas de Fernández Valbuena, *La arquitectura humilde de un pueblo del páramo leonés*: Paredes de paja y barro sostiene un techo a dos vertientes de barro y césped. En algunos pueblos —cita a Ardoncino— no hay chimeneas. El humo se va lentamente por entre las tejas y junturas. Así va tostándose la leña verde de las vigas de la techumbre y sahumándose de olores de hogar la casa entera. La cocina tiene su campana, pero sin chimenea. El humo también se aprovecha. Hoy perdura este estilo —dice Bello— igual que en el siglo X. En realidad no tuvo que ser peor la primera casa que edificó el hombre.

Casa rural en Brañas de Arriba (Puerto de Leitariegos):

«El primer pueblo que ha logrado trepar hasta aquí se llama Brañas de Arriba, y se afirma como puede, agarrándose al suelo con los machones de sus hórreos y ofreciendo a la nieve unos extraños techos cónicos, africanos, de bálago o de paja hábilmente trabada por unas varas que sirven de flejes», (Pág. 228).

La quintana asturiana: Más hórreos, más paneras, más facinas. Arquitectura para tierra blanda, neblinosa, húmeda. Piezas arquitectónicas de «esta graciosa célula rura! que se llama la quintana», (pág. 285).

CULTURALISMO

No es esta narración libresca en modo alguno sino de contacto directo con la realidad. No obstante en la parte histórica o informativa observa siempre un riguroso cientifismo como demuestra la bibliografía y citas que he recogido a lo largo de la obra.

Varios libros suministran datos a Luis Bello, como los siguientes: Lampérez, sobre el castillo de Buitrago, (pág. 119); Antonio Ponz, *Viaje de España*, sobre la despoblación de Salamanca, (pág. 191); *El pelegrino curioso*, del doncel de Xérica, editado por D. Pascual Gayangos, sobre el Castillo de Benavente, (pág. 201); Sánchez Albornoz, *Vida en León durante el s. X* y Fernández Valbuena, *La arquitectura humilde de un pueblo del páramo leonés*, sobre arquitectura de la casa leonesa, (pág. 206); Borrow y Clarke, sobre lo tético de León y su paisaje, (pág. 214); José M.^a Quadrado, sobre la leyenda de los hombres-osos en Asturias, (pág. 231); Onieva, sobre la Feria de maestros de Lete, (pág. 232); Valle Inclán, sobre la feria de maestros en las montañas astures, (pág. 233); D. Benito Castrillo, información dada a «La Prensa», de Buenos Aires sobre el aporte de los indianos a la instrucción primaria en España, (pág. 236); Madoz, sobre la villa de Torrelaguna, (pág. 103).

Menciones pedagógicas

	<u>Pág.</u>
D. Manuel Cossío	11, 211, 217, 218
Juan J. Rousseau	11, 12, 133
Carducci	16
Fóscolo	16
D. Antonio Iniésta	63
P. Feijoo	128, 138
P. Isla	128, 138
D. Manuel José Narganes de Posada	128, 131, 133
Pestalozzi	133
D. Federico Rubio	141, 144-149
Gumersindo Azcárate	211, 217
Francisco Giner	153, 211, 217
Sr. Onieva	232, 277, 292
D. Benito Castrillo	236, 237, 255, 260
Pablo Montesinos	298, 301, 305
D. Luis Santullano	311 y ss.
D. Pablo Miaja	291
D. Emilio Ruiz	291
D. Sandalio Martínez	291
D. Celestino García Ruiz	291
D. Baudilio Arce	291

Menciones de periodistas

D. Nicolás M. ^a de Urgoiti	10, 152
D. Alberto Insúa	293
D. Roberto Castrovido	293
D. Luis de Zulueta	293, 314
Sr. Gómez de Baquero	293
D. Alvaro de Albornoz	293
D. Luis de Hoyos	293
Sr. Chaves	293
Sánchez Rojas	293
Antonio Dubois	293

Menciones literarias

	Pág.
Luis Vives	14
Cristóbal Coret	14
Madoz	22, 103, 144
Carlos Arniches	42
Juan de Mena	102
Ponz	103, 105, 107
Garcilaso	110
Meléndez Valdés	110
Menéndez Pelayo	134
Madame Staël	135
Grandmontagne	138
Galdós	146, 153
Luis García Bilbao	152, 314
Martín Luis Guzmán	152
Miguel de Unamuno	158
Gabriel y Galán	189
D. Pascual Gayangos	201
Bartolomé de Villalba, El Doncel de Xérica	202
Fernández Valbuena	206
Mr. Edward Clarke	214
Mr. Jorge Borow	214, 236
Ramón M. ^a del Valle Inclán	233
Dostoiewsky	251
Pascal	300
Luis de Góngora	305
Ramón Menéndez Pidal	314
Tomás Navarro Tomás	314
D. José Ortega y Gasset	298

Menciones políticas

Tadeo Calomarde	25
Duque de Angulema	25, 134
D. Antonio Cánovas del Castillo	46

	Pág.
O'Donnell	46
Ruiz Zorrilla	52
Godoy	54
Marcelino Domingo	293
D. Joaquín Costa	302
 <i>Menciones artísticas</i>	
Herrera	54
Goya	62
Velázquez	75, 139
Sánchez Coello	99
Lampérez	119
Chopin	123
Beethoven	123
Ribera	161
Gaudí	207
 <i>Menciones históricas</i>	
Fernando VI	54, 191, 192
El Príncipe Baltasar Carlos	73
Marqués de Santillana	86
Marqués de Urquijo	86
P. Nithard (inquisidor)	86
D. ^a María Ana de Austria	87
Carlos II el Hechizado	87
Mariscal Moncey	87
Marqués de Villanueva	102
Cisneros	105, 178
D. Pedro el Cruel	119
Madame D' Aulnoy	119
Duque de Pastrana	119
P. Dusso y Latre	134
Alcalá Galiano	134
General Guillerminot	134

	Pág.
Diego Martín Veloz	158
Ossorio y Gallardo	160, 314
Carlos V	178
Carlos III	178
Teobaldo, el Francés	179
Napoleón	203
Sánchez Albornoz	205
Juan Uría Rúa	250
Valdés, Gran Inquisidor de Sevilla	251

Menciones varias

D. Filiberto Villalobos, salmantino	155 a 179 y ss.
D. Fortunato de Selgas, mecenas	271 y ss.
Sr. Galcerán, Rector de la Univ. de Oviedo	292
D. Valentín Andrés Alvarez,	253
Conde del Valle de Suchil	307

Siete extensos campos dan idea del bagaje cultural y del cientifismo de Bello. Aparece en primer lugar un campo pedagógico ginerista-costista, al que sigue, a veces reforzándolo, un amplió campo literario-histórico y político. Las menciones periodísticas aparecen como consecuencia del apoyo y aliento que recibió a lo largo del viaje de sus ilustres colegas y de los periódicos madrileños y provincianos.

ESTILO

Luis Bello es una mente experta, inteligente, sagaz y cultivada. Su oficio y su talento se alientan con una gran humanidad comprometida y en acción. Actúa y escribe a la vez, y es esta acción lo que le da precisamente al estilo esta eficacia, esta necesidad de equilibrio y simplicidad, de espontaneidad y justeza.

A veces una luz poética llena de ternura estas historias de niños en un desierto de hombres. Esto se siente en capí-

tulos como «En el barrio de la Legión», (pág. 58) «El porquerillo que se malogró» (pág. 77), «Colmenar Viejo o la fe un-didad» (pág. 90) y otros.

El humor, como un contrapunto, aflora siempre, a veces triste pero sin amargor ni sarcasmo. Pueden leerse ejemplos en «La escuela de un lugar» (pág. 21), «La batalla de Somosierra» (pág. 123), «Prólogo en el tren» (pág. 153) y las dos parábolas con las que se cierra el tomo.

JOSEFINA ROJO OVIES